

XIX.

Cómo amaba una señora en el año de gracia de 1586.

Los tres silbidos que en intervalos iguales habían atravesado el espacio, eran efectivamente los que debían servir de señal al dichoso Ernautón.

Así, cuando se acercó á la hostería, halló á la Fournichón en la puerta aguardando á sus parroquianos con una sonrisa que la asemejaba á una diosa mitológica debida al pincel de un pintor flamenco.

La señora Fournichón estaba aun dando vueltas

entre sus gordas y blancas manos á un escudo de oro que otra mano también blanca, pero más delicada, acababa de depositar en ellas al paso.

Al ver á Ernautón se puso en jarras, y ocupó todo el hueco de la puerta, de modo que obstruía completamente el paso.

Ernautón, por su parte, se detuvo como quien pide paso.

— ¿Qué queréis, caballero? — dijo aquella, — ¿qué buscáis?

— Decidme, buena mujer, ¿no acaban de darse en este momento tres silbidos desde la ventana de aquella torrecilla?

— Sí, por cierto.

— Pues bien, esos tres silbidos me llamaban á mí.

— Á vos?

— Sí, á mí.

— Entonces es diferente; si me dais vuestra palabra de honor.

— Os doy mi palabra de caballero, mi querida señora Fournichón.

— En ese caso, os creo; entrad, galante caballero.

Y alegre sobremanera por contar ya con una de sus clientelas, como las llamaba y que tan ardientemente apetecía para acreditar al desgraciado *Rosal de Amor* que yacía destronado por la preponderancia del *Bizarro Caballero*, hizo subir la hostelera á Ernautón por la escalera de caracol que conducía á la mejor alhajada y más discreta de las torrecillas.

Una puerta pequeña, pintada con bastante poco gusto, daba acceso á una especie de antesala, y de esta se pasaba á la torrecilla, propiamente dicha, en la que se veían muebles, tapices y adornos de más lujo que el que podía esperarse en aquel apartado barrio de París: aunque es preciso convenir en que la señora Fournichón se había esmerado en hermosear aquella torrecilla, su favorita, y ya se sabe que en este mundo se consigue todo lo que se emprende con pasión.

La señora Fournichón, por lo tanto, había conseguido todo lo que es capaz de lograr una inteligencia limitada y vulgar como la suya.

Al entrar el joven en la antesala sintió un olor pronunciado de benjuí y de aloe, holocausto rendido sin duda á la delicada persona que, mien-

tras llegaba Ernaútón, trataba de sofocar con perfumes vegetales los vapores culinarios que exhalaban los asadores y cacerolas.

La señora Fournichón seguía al joven paso á paso, y lo empujó desde la escalera á la antesala y desde esta á la torrecilla con ojos que revelaban un arrobamiento anacreóntico; en seguida se retiró.

Ernaútón se detuvo con la mano derecha sobre la mampara y la izquierda sobre el picaporte de la puerta, medio inclinado por el impulso de una salutación.

Acababa en efecto de divisar en la voluptuosa media tinta de la torrecilla, alumbrada por una sola bujía de cera encarnada, un elegante corte de mujer semejante á esos que atraen siempre y que, si no inspiran amor, avivan la atención y los deseos.

Reclinada sobre cojines, envuelta en sedas y terciopelos, aquella dama, cuyo pulido pie colgaba de aquel mullido lecho de descanso, se ocupaba en quemar á la luz el resto de una pequeña rama de aloe, cuyo humo acercaba á veces á su rostro con objeto de respirarlo, llenando al mismo tiempo la misma esencia los pliegues de su capuchón y

de sus cabellos, como si tratase de embriagarse por completo con aquel vapor.

Al observar el modo con que arrojó el resto de la rama, con que se cubrió los pies con el vestido, y su rostro enmascarado con su papalina, conoció Ernaútón que la dama le había sentido entrar y que le suponía cerca de ella.

— Señora, — dijo el joven con voz que procuró dulcificar á fuerza de reconocimiento, — habéis mandado llamar á vuestro humilde servidor, y aquí me tenéis.

— ¡ Ah ! Muy bien, — contestó la dama, — os ruego que os sentéis, señor de Ernaútón.

— Perdonad, señora; ante todo debo daros las gracias por la singular honra que me dispensáis.

— Eso es muy galante, señor de Carmainges; y sin embargo, presumo que no sabéis aun á quién dais las gracias.

— Señora, — dijo el joven acercándose á ella poco á poco, — ocultáis vuestro rostro bajo una máscara, las manos se esconden bajo guantes, y en el momento de mi entrada habéis robado á mi vista un pie capaz de volverme loco por toda vuestra persona; nada veo que me permita reconocer á

quién hablo : y por consiguiente solo puedo adivinar.

— ¿ Y adivináis quién soy ?

— La que mi corazón desea ardientemente, la que mi imaginación me representa joven, bella, poderosa y rica, demasiado rica y poderosa, para que pueda creer que lo que me está sucediendo es una realidad y no un sueño.

— ¿ Os ha costado mucho trabajo entrar aquí ?
— preguntó la dama sin responder directamente al diluvio de palabras que fluían del corazón henchido de Ernautón.

— No, señora ; me ha sido más fácil que lo que yo creía.

— Verdad es que para un hombre todo es fácil, pero no sucede lo mismo á una mujer.

— Siento en el alma, señora, la incomodidad que os habéis tomado, y por la que sólo puedo daros las más humildes gracias.

Pero la dama parecía ya preocupada de otra idea.

— ¿ Qué es lo que me decíais, caballero ? — preguntó negligentemente sacando el guante para enseñar una mano divina.

— Os decía, señora, que sin haber visto vuestras facciones, sé quién sois, y que, sin temor de equivocarme, puedo asegurar que os amo.

— Según eso, creéis positivamente que soy la misma que esperabais hallar aquí.

— Mi corazón suple á la vista.

— ¿ Conque me conocéis ?

— Sí, os conozco.

— ¿ Mucho me admira que, haciendo tan poco tiempo que llegasteis de provincia, conozcáis ya las mujeres de París !

— Entre todas las mujeres de París, solo conozco á una.

— Y esa, ¿ soy yo ?

— Así lo creo.

— ¿ Pero en qué me reconocéis ?

— En vuestra voz, en vuestra gracia, en vuestra hermosura.

— Por lo que hace á mi voz, ya se comprende, pues me es imposible ocultarla; si me habláis de mi gracia, debo recibir vuestras palabras como un cumplimento, pero si se trata de mi hermosura solo puedo admitir esto por hipótesis.

— ¿ Y por qué, señora ?

— Porque apeláis á mi hermosura para reconocerme, y mi hermosura está oculta.

— Menos lo estaba el día en que, para haceros entrar en París, os tuve tan cerca de mí, que vuestro pecho rozaba mis espaldas y vuestro aliento abrasaba mi cuello.

— ¿ Luego habéis adivinado que era yo por mi billete ?

— ¡ Oh ! No, no, señora, no lo creáis. Ni un momento he abrigado semejante idea. He creído ser juguete de alguna broma, ó víctima de una equivocación, y aun he llegado á figurarme que me amenazaba alguna de esas catástrofes llamadas buenas fortunas, y sólo hace unos cuantos minutos que al veros, al tocaros...

Y Ernautón trató de apoderarse de una mano, que se retiró delante de la suya.

— Basta, — dijo la dama; — el hecho es que he cometido una insigne locura.

— ¿ En qué, señora ? Decídmelo por Dios.

— ¡ En qué ! ¿ Confesáis que me conocéis y me preguntáis en qué he hecho semejante locura ?

— ¡ Oh ! es verdad, señora, y confieso que soy un pigmeo al lado de V. A.

— Pero, por Dios, dadme el gusto de callaros. ¿ Seréis tan poco prudente ?

— ¿ Pues qué he hecho, señora ? ¡ En nombre del cielo ! — preguntó Ernautón asustado.

— ¡ Cómo ! ¿ No veis mi rostro cubierto ?...

— ¿ Y qué ?

— Si tengo puesta una máscara, probablemente trataré de que nadie me conozca, ¡ y me dais el tratamiento de alteza ! ¿ Por qué no abris esa ventana y pronunciáis mi nombre á gritos ?

— ¡ Ah ! Perdón, perdón ! — exclamó Carmainges cayendo de rodillas; — confiaba en la discreción de estas paredes.

— Me parece que sois crédulo.

— Señora, estoy enamorado.

— Sin duda estáis convencido de que yo correspondo á ese amor con otro amor semejante.

Ernautón se levantó picado, y dijo :

— No, señora.

— ¿ Y qué habéis creído ?

— Se me figura que tenéis alguna cosa importante que decirme, que no habéis querido recibirme en el palacio de Guisa ni en vuestra posesión de

Bel-Esbat, que habéis preferido una entrevista secreta en un paraje solitario.

— ¿Habéis creído eso?

— Sí.

— ¿Y qué pensáis que tengo que deciros? Vamos, hablad, pues tengo deseos de conocer hasta dónde llega vuestra perspicacia.

La dama, bajo aquella desdeñosa apariencia, dejó entrever una especie de inquietud.

— ¿Cómo queréis que yo lo sepa? — contestó Ernaudón. — Algo será que tenga tal vez relación con el señor de Mayenne.

— ¡Y qué! ¿No tengo emisarios que mañana mismo por la noche me digan más que lo que vos pudiérais noticiarme, supuesto que ayer me enterasteis de cuanto sabiais?

— ¿Sin duda queréis preguntarme algo acerca de los sucesos de la última noche?

— ¿Qué sucesos? ¿De qué habláis? — preguntó la dama, cuyo seno palpitaba visiblemente.

— Del terror pánico que experimentó el señor de Epernon, y del arresto de los caballeros de Lorena.

— ¿Cómo! ¿Han sido arrestados?...

— Sí, unos veinte que se hallaban intempestivamente en el camino de Vincennes.

— Que es también el camino de Soissons, ciudad en que ha puesto guarnición el duque de Guisa, si no estoy mal informada. Ah! en realidad, vos, caballero Ernaudón, que pertenecéis á la corte, ¿podréis decirme la causa del arresto de esos caballeros?

— ¡Yo de la corte!

— Sin duda.

— ¿Sabéis eso, señora?

— ¡Válgame Dios! Para saber dónde encontraros me he visto obligada á tomar informes; pero acabemos de una vez, si gustáis, pues habéis adquirido la mala costumbre de interrumpir la conversación. ¿Qué ha resultado de lo de anoche?

— Nada absolutamente que yo sepa, señora.

— ¿Y por qué habéis creído que yo os hablaría de una cosa que no ha tenido resultado?

— Confieso, señora, que tenéis razón ahora como siempre: confieso mi torpeza.

— ¡Cómo, caballero! ¿Pues de dónde sois?

— De Agen.

— ¡ Qué ! ¿ Sois gascón ? Porque creo que Agen está en Gascuña.

— Sí, señora.

— ¿ Sois gascón y no tenéis bastante vanidad para suponer sencillamente que, habiéndoos visto por primera vez el día de la ejecución de Salcedo en la puerta de San Antonio, os hallé de galante donaire ?

Ernautón se ruborizó y se quedó turbado, mientras la dama continuó imperturbable :

— ¿ Que luego os encontré en la calle y me parecísteis hermoso ?

Ernautón sintió que la sangre le encendía el rostro.

— ¿ Y que por último, cuando llegasteis á Bel-Esbat con la carta de mi hermano, os hallé muy de mi gusto ?

— ¡ Señora, señora, Dios me libre de suponer todo lo que decís !

— Pues hacéis mal, — replicó la dama volviéndose por primera vez hacia Ernautón y fijando en los ojos de éste unos ojos abrasadores que brillaban al través de la careta, en tanto que desplegaba á las ávidas miradas del joven la seducción

de un talle esbelto, que se perfilaba en líneas voluptuosas marcadas con elegancia por el terciopelo de los cojines.

Ernautón, juntando las manos, exclamó :

— ¡ Señora ! ¡ Señora ! ¿ Os burláis de mí ?

— Nada de eso, — respondió la dama ; — digo que me gustáis, porque es verdad.

— ¡ Dios mío !

— ¿ Por ventura, vos mismo no os habéis atrevido á declararme que me amabais ?

— Sí ; pero cuando os declaré eso no sabía quién erais, señora, y ahora que lo sé os pido perdón humildemente.

— Vamos, ya delira, — murmuró la dama con impaciencia. — Seguid, pues, siendo lo que sois, caballero ; decidme lo que pensáis, si no queréis que me arrepienta de haber venido.

Ernautón cayó de rodillas y dijo :

— Hab'ad, señora, hablad, para que me persuada de que todo esto no es un juego, y acaso entonces me atreveré á responderos.

— Sea : vais á oír mis proyectos respecto de vos, — dijo la dama rechazando á Ernautón al paso que arreglaba simétricamente los pliegues de su

vestido. — Me gustáis, pero no os conozco aun. No acostumbro resistir á mis caprichos, pero no soy tan tonta que cometa errores. Si fuésemos de igual condición, os hubiera recibido en mi palacio y estudiado vuestro carácter detenidamente sin que pudiéscis ni aun sospechar mis intenciones. Esto era imposible respecto de vos, y tuve que recurrir á otro medio y arrostrar esta entrevista. Ahora ya sabéis á qué ateneros en cuanto á mí. Lo único que os recomiendo es que os hagáis digno de mí.

Ernautón se deshizo en protestas.

— ¡Oh! Menos calor, señor de Carmainges, pues la cosa no merece la pena, — dijo la dama con negligencia. — Tal vez sea vuestro nombre el que llamó mi atención la primera vez que nos encontramos, y tal vez sea ese nombre el que me agradó. En resumidas cuentas, creo positivamente que mi afición hacia vos no es más que un capricho pasajero. Sin embargo, no vayáis á creer demasiado lejos de la perfección, y á perder toda esperanza. No puedo soportar los hombres perfectos; pero ¡oh! adoro á los apasionados que se consagran al objeto amado. Conservad bien esto en la memoria, pues os lo permito, gentil caballero.

Ernautón estaba fuera de sí, pues aquel lenguaje altivo, aquellas maneras de voluptuosidad y molicie, aquella orgullosa superioridad, aquel abandono, en fin, de una persona tan ilustre, le sumergia á la vez en las delicias y en los terrores más grandes.

Sentóse junto á su bella y orgullosa querida, que no opuso la menor resistencia, y después trató de deslizar su brazo por detrás de los cojines que la sostenían.

— Caballero, — dijo la dama, — parece que me habéis oído sin comprenderme. Os ruego que no haya la menor familiaridad entre nosotros, y que conservemos nuestros respectivos puestos. Es seguro que algún día os concederé el derecho de llamarme vuestra, pero aun no os lo he concedido.

Ernautón se levantó pálido y despechado.

— Perdonad, señora, — dijo. — Parece que no hago más que disparates; es muy sencillo, pues aun no estoy familiarizado con las costumbres de París. En provincia, á doscientas leguas de aquí, cuando una mujer dice: os amo, ama de veras y no se niega á un amante: no se prevale de sus palabras para humillar á un hombre á sus pies. Esa es vuestra costumbre como parisiense, vuestro

derecho como princesa, y lo acepto con gusto; solo que debéis conocer que me falta el hábito, pero ya lo iré adquiriendo.

La dama escuchó silenciosa; era evidente que seguía observando atentamente á Ernautón para saber si su enfado se convertía en cólera verdadera.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! — exclamó con altivez. — ¡ Conque os enfadáis !

— En efecto, señora, me enfado, pero contra mi mismo porque yo, señora, no tengo por vos un capricho pasajero, sino un amor muy verdadero y muy puro. No trato de obtener vuestra persona, porque ese sería un deseo pasajero; lo que deseo es poseer vuestro corazón: así, jamás me perdonaré el haber faltado con mis impertinencias al respeto que os debo, respeto que no convertiré en amor, sino cuando vos me lo ordenéis. ¿ Me permitiréis, señora, que desde este momento aguarde vuestras órdenes ?

— ¡ Vamos, vamos ! — dijo la dama, — no exageremos tanto las cosas, señor de Carmainges; estáis hecho un hielo, cuando hace un momento erais todo fuego.

— Me parece sin embargo, señora...

— ¡ Bah ! No digáis nunca á una dama que la amaréis á vuestro modo, porque eso es muy torpe; ¡ decidla que la amaréis como ella quiera, y será mejor !

— Eso mismo he dicho, señora.

— Sí, pero no lo pensáis.

— Respeto vuestra superioridad, señora.

— Dejémonos de cumplimientos, porque no vengo aquí á hacer el papel de reina. Ahí tenéis mi mano; tomadla, pues es de una mujer, solo que está más caliente y animada que la vuestra.

Ernautón cogió respetuosamente aquella linda mano.

— ¡ Y bien ! — dijo la duquesa.

— ¿ Qué, señora ?

— ¿ No la besáis ? ¿ estáis loco ? ¿ os habéis propuesto enfadarme ?

— Pero hace un momento...

— Hace un momento la retiraba, y ahora...

— ¿ Ahora ?

— Os la entrego.

Ernautón besó aquella mano tan apasionadamente que la duquesa la retiró al punto.

— Ya lo veis, señora, — dijo el joven, — ¡ me volvéis á dar otra lección !

— ¡ Luego he hecho mal ?

— Muy mal, pues me hacéis pasar de un extremo á otro, y el temor acabará por ahogar la pasión. Proseguiré adorándoos de rodillas, pero se me acabarán mi amor y mi confianza.

— ¡ Oh ! Yo no quiero eso, — repuso la dama con un tono jovial, — porque seriais un triste amante, y os provengo que no me gusta esa clase de amantes. No, mostraos como sois, sed Ernautón de Carmainges y no otra cosa. Yo tengo mis manías, y además, ¿ no me habéis dicho que era bella ? Todas las bellas tienen las suyas ; así, respetad unas, combatid otras, sobre todo no me temáis, y cuando yo diga al fogoso Ernautón : Calmaos, consulte éste mis ojos y no mi voz.

Dichas estas palabras, se levantó, y en verdad que era ya tiempo, pues el joven, vuelto á su delirio, la había cogido entre los brazos, y la máscara de la duquesa rozó un momento los labios de Ernautón ; pero entonces palpó una prueba de la verdad de lo que aquella había dicho ; porque sus ojos lanzaron á través de su máscara un relámpago

frío y blanco como el siniestro precursor de la tempestad.

Aquella mirada impuso tanto á Carmainges que dejó caer los brazos y se apagó todo su fuego.

— Perfectamente, — dijo la duquesa, — nos volveremos á ver, pues os aseguro que me gustáis en extremo, caballero Carmainges.

Ernautón hizo una cortesía.

— ¿ Cuándo estáis libre ? — preguntó la dama con negligencia.

— Pocas veces, señora.

— ¡ Ah ! Sí, ya entiendo ; ese servicio es fatigoso.

— ¿ Qué servicio ?

— El que hacéis cerca de la persona del rey. ¿ No sois uno de los guardias de S. M. ?

— Soy en efecto individuo de un cuerpo distinguido.

— Eso es lo que quiero decir, y aun me parece que se compone de gascones. ¿ Es cierto ?

— Sí, señora.

— ¿ Cuántos son ? Me lo han dicho, pero se me ha olvidado.

— Cuarenta y Cinco.

— Número singular !

— Es lo que puedo deciros.

— Pero ese número... ¿ es un cálculo ?

— No lo creo, tal vez sea hijo de la casualidad.

— ¿ Y decís que los Cuarenta y Cinco nunca dejan solo al rey ?

— No me acuerdo haber hablado de eso, señora.

— En efecto, perdonad; me figuraba haberlo oído de vuestra boca. Al menos me habéis asegurado que disfrutáis muy poca libertad.

— Muy poca, señora, eso es ciertísimo, pues durante el día estamos de servicio para las salidas de S. M. ó para sus cacerías, y por la noche tenemos que permanecer en el Louvre.

— ¿ Por la noche ?

— Sí.

— ¿ Todas las noches ?

— Casi todas.

— Hé ahí lo que hubiera sucedido hoy, si la consigna os hubiese privado de venir aquí. Yo que os esperaba, sin saber el motivo de vuestra falta á esta cita, hubiera creído indudablemente que despreciabais mi cariño.

— ¡ Ah ! señora, desde hoy arriesgaré todo por veros; podéis creerlo, pues que os lo juro.

— Eso es inútil y haríais un disparate, que de ningún modo apruebo.

— ¿ Y qué he de hacer ?

— Continuar vuestro servicio con exactitud, y yo me encargo de lo demás, supuesto que soy libre y pudo disponer de mis acciones.

— ¡ Cuánta bondad, señora !

— Pero todo esto no me explica, — añadió la duquesa con su insinuante sonrisa, — el motivo de hallaros libre esta noche para haber podido venir á verme.

— Ya había pensado, señora, pedir permiso al señor de Loignac, nuestro capitán, á quien debo muchas atenciones, cuando precisamente se ha dado orden á los Cuarenta y Cinco para que puedan disponer á su gusto de toda la noche.

— ¡ Hola ! ¿ Conque os han concedido eso ?

— Sí.

— ¿ Y por qué motivo tan buena dicha ?

— Como recompensa, á mi parecer, de un servicio penoso, á que fuimos ayer destinados en el camino de Vincennes.

— ¡ Ah ! Muy bien.

— A esta circunstancia debo la dicha de veros esta noche sin el menor inconveniente.

— Pues bien, escuchadme, Carmainges, — dijo la duquesa con encantadora familiaridad, que colmó de gozo al joven ; — vais á hacer lo siguiente : siempre que creáis estar libre de servicio, lo avisaréis á la hostelera por escrito, y todos los dias enviaré yo á saberlo á un hombre de mi confianza.

— ¡ Oh, Dios mío ! esa es ya demasiada bondad, señora.

La duquesa apoyó su mano en el brazo de Ernaudón.

— ¡ Escuchad ! — dijo de pronto.

— ¿ Qué sucede ? — preguntó el joven.

— ¿ De qué proviene ese ruido ?

En efecto, un ruido de espuelas, de voces, de puertas, de alegres exclamaciones, llenaba toda la casa, semejante al eco de una invasión.

Ernaudón asomó la cabeza por la puerta que comunicaba con la antecámara.

— Son mis compañeros. — dijo, — que vienen á celebrar el descanso que les ha concedido el señor de Loignac.

— Pero, ¿ por qué aquí precisamente ? ¿ Por qué en esta hostería donde nos encontramos ?

— Porque el *Bizarro Caballero* fué el punto de reunión designado cuando llegamos á Paris, y porque desde aquel día feliz se han aficionado terriblemente mis compañeros al vino y á los manjares de la señora Fournichón, y no pocos á las torrecillas.

— ¡ Oh ! murmuró la duquesa sonriéndose con malicia ; — habláis de estas torrecillas como hombre muy experto.

— Señora, os juro por mi honor que esta es la primera vez que he pisado una de ellas, pero vos... vos que la habéis elegido...

— Sí, la he elegido y vais á saber fácilmente por qué. Necesitaba un sitio solitario, inmediato al río y al murallón ; un sitio en que nadie pueda reconocerme ni averiguar lo que hago. Pero, ¡ Dios mío ! ¿ Qué bulliciosos son vuestros compañeros !

En efecto, la bulla se convertía ya en espantoso huracán ; gritos sobre la expedición de la noche anterior, fanfarronadas, ruido de escudos de oro, y estrépito de vasos presagiaban una deshecha borrasca.

De pronto se oyeron resonar pasos en la escalera que conducía á la torrecilla, y la señora Fournichón gritó desde abajo :

— ¡ Señor de Sainte-Maline ! ¡ Señor de Sainte-Maline !

— ¡ Qué queréis ? — continuó éste.

— No subáis, no subáis ; os lo suplico.

— ¡ Por qué no he de subir, mi querida Fournichón ? ¡ No es nuestra toda la casa esta noche ?

— Toda la casa, sí, toda la casa ; pero no las torrecillas.

— ¡ Bah ! Las torrecillas pertenecen á la casa, — exclamaron otras cinco ó seis personas, entre cuyas voces reconoció Ernautón las de Perducas, de Pincorney y Eustaquio de Miradoux.

— No por cierto, — aullaba la hostelera ; — las torrecillas son una excepción, son mías, y no quiero que incomodéis á mis huéspedes.

— Señora Fournichón, dijo Sainte-Maline, — yo también soy vuestro huésped, y así no me incomodéis vos.

— ¡ Sainte-Maline ! — murmuró Ernautón con alguna inquietud, pues conocía el mal carácter y la audacia de aquel hombre.

— ¡ Por favor ! ¡ Por el cielo ! — repetía la señora Fournichón.

— Señora hostelera, — dijo por último Sainte-Maline, — es ya media noche ; todos los fuegos deben apagarse á las nueve, y en una de vuestras torrecillas hay luz : sólo los enemigos del rey desobedecen sus edictos, y yo quiero descubrir esos enemigos.

Y diciendo así, continuó subiendo acompañado de otros gascones, cuyos pasos resonaban con fuerza repetidos por el eco de la escalera de caracol.

— ¡ Dios mío ! — exclamó la duquesa. — ¡ Se atreverán á entrar aquí ?

— En todo caso, señora, si se atreven á entrar aquí, también estoy yo : y puedo decir que no abriguéis temor alguno.

— ¡ Ah ! Ya golpean las puertas, caballero.

En efecto, Sainte-Maline, que se había comprometido ya demasiado para poder retroceder, empujó la puerta con tanta violencia que la hizo pedazos ; era de un pinabete que la señora Fourni-

chón había escogido sin saber si era sólido, á pesar de todas las precauciones que usaba siempre para proteger al amor cuyo culto reverenciaba con ciego fanatismo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

TABLA

de los títulos contenidos en el tomo tercero.

	Pág.
I..... Bel-Esbat	5
II.... La Carta del señor de Mayenne	25
III.... Como don Modesto Gorenflot bendijo al Rey á su paso por delante del priorato de los Dominicos	39
IV.... Como Chicot bendijo al Rey Luis XI por haber inventado la Posta, y resolvió aprovecharse de esta invención.	57
V..... Como el Rey de Navarra adivinó que <i>Turen-</i> <i>nius</i> quería decir <i>Turena</i> y <i>Margota</i> <i>Margot</i>	75
VI.... La Alameda de los tres mil pasos.	89
VII... El Gabinete de Margarita	101
VIII.. Composición en lugar de versión.	115
IX... El Embajador de España	131